

Inauguración del Seminario sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo¹ (Barcelona, 13 de junio de 2011)

Querido Narcís; Querido Álvaro;
Autoridades civiles y militares; Amigas y amigos,

Desde antes de que Homero comenzara a nombrarlos en *La Odisea*, los vientos han desempeñado un papel esencial en el Mediterráneo. Los hay cálidos como el siroco, fríos como la tramontana y violentos como el mistral. Y observándolos, Aristóteles² fue el primero en escribir que la tormenta se produce “cuando en medio de unos vientos, empiezan a soplar otros”.

Hace pocos meses, la tormenta se desató en la Ribera Sur del Mediterráneo cuando, en medio de los vientos de la globalización, empezaron a soplar los de la libertad y la dignidad.

LA PRIMAVERA ÁRABE

De Túnez a Yemen y de Egipto a Marruecos, las exigencias de cambio han encontrado eco en todo el Mediterráneo y otras regiones³. Lo que hoy conocemos como “Primavera Árabe” ha pillado por sorpresa a todos: nadie en los países afectados, empezando por sus Gobiernos más autoritarios, ni en el mundo occidental, ni entre los académicos y analistas más reconocidos, había previsto los movimientos que han estallado. Desde luego, creo que ninguno de los aquí presentes lo intuimos en octubre pasado, cuando celebramos la anterior edición de este seminario.

Esto se debe a que ninguna organización, islamista o laica, ha liderado estos movimientos. Han carecido de táctica, de estrategia y de programa previos porque surgieron de forma espontánea, en muchos casos coordinados a través de Internet y las redes sociales, con el apoyo de la cadena de televisión Al-Yazeera.

Y pese a todo, sí muestran varios rasgos comunes: tienen una marcada naturaleza urbana, joven, secular, con amplia presencia del activismo femenino. En su discurso no hay rastros de fundamentalismo. Por ello no sólo piden condiciones de vida dignas, libertad y elecciones. También exigen separación de poderes, prensa libre y legalización de partidos políticos. Es decir, aspiran a una democracia representativa similar a las que existen en la Unión Europea.

Dicho esto, cada país también presenta sus particularidades. En algunos casos, como Túnez y Egipto, la caída del régimen ha sido vertiginosa. En otros, como Argelia o Bahrein, el Gobierno vigente parece recuperar la iniciativa en el diálogo con los movimientos reformistas.

¹ Discurso pronunciado por la Ministra de Defensa Carme Chacón. Este discurso está sujeto a las posibles modificaciones de la Ministra en su intervención.

² En su *Meteorológica*, 340 AC

³ Túnez, Egipto, Libia, Bahrein, Irak, Jordania, Siria, Yemen, Palestina, Omán, Yibuti, Argelia y Marruecos

En Jordania y en Marruecos, las demandas han adquirido un cariz más pacífico. Esto se debe al arraigo social de las monarquías allí establecidas, a la existencia de grupos civiles con mayor capacidad de expresión, y también a la hasta hoy clara voluntad de diálogo de los propios regímenes.

Finalmente, están los regímenes autoritarios, con escasas libertades públicas, como son los casos de Yemen, Siria o Libia, donde sus dictadores se aferran al poder. Allí se han producido los episodios más violentos. La represión masiva y sistemática trae consigo graves riesgos de fractura social y política, e incluso de guerra civil.

Los dictadores intentan imponer su voluntad recurriendo al miedo y a la violencia. Pero todos sabemos que la represión de los dirigentes sobre sus pueblos está, tarde o temprano, abocada al fracaso.

LIBIA

Como es el caso de Libia, en donde los militares españoles participan junto con los de 18 países en una operación que tiene, ante todo, un objetivo claro: proteger a la población civil de sus propios dirigentes.

Porque mientras los ciudadanos de Túnez y de Egipto encontraron respuesta a sus exigencias de cambio, los de Libia sólo encontraron desprecio, represión y muerte por parte de la dictadura de Muamar el Gadafi. Desde febrero, las matanzas de Bengasi, Misrata, Trípoli y otras ciudades, han dejado miles de muertos, más de 800.000 refugiados que han huido del país, y 200.000 desplazados.

La intervención de la Comunidad Internacional en Libia está amparada por dos Resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y cuenta con el aval de los principales organismos de la región, la Liga Árabe y la Unión Africana. Y en España obtuvo el respaldo casi unánime del Parlamento.

Pero ante todo se sustenta en el respeto más elemental al derecho internacional humanitario y a los derechos humanos. Debíamos actuar con carácter de máxima urgencia para proteger a una población civil indefensa, sometida a las atrocidades de un gobernante despiadado.

Las operaciones militares en Libia están logrando sus objetivos: la campaña aérea ha evitado más ataques a civiles; el embargo de armas está resultando efectivo; se ha respetado de la Zona de Exclusión Aérea; y se ha detenido parte del asedio a ciudades como Misrata, Aydabija y Bengasi, lo que ha permitido la entrada de la ayuda humanitaria.

La intervención, por tanto, ha conseguido detener las masacres. Pero aún no ha logrado derrotar a los enemigos de la libertad y de la justicia. Debemos proseguir el esfuerzo hasta que Gadafi deje de ser un peligro para los ciudadanos de su propio país. Sólo entonces podremos dar la misión por cumplida.

En estos momentos es muy importante mantener las presiones militares y económicas, al tiempo que se redoblan las gestiones diplomáticas y políticas. Por este motivo, el viernes el Consejo de Ministros acordó extender la participación de España en la operación hasta que se alcancen todos sus objetivos. En unos días compareceré ante el Parlamento para que ratifique esta decisión.

Pero a pesar de ser indispensable, la vía militar nunca aportará la solución definitiva al problema. Ésta sólo se conseguirá con la política y la diplomacia. Es el pueblo libio el que tiene su futuro en sus manos. Los ciudadanos tienen que construir un espacio de paz, estabilidad y progreso con el indudable apoyo y respaldo de la Comunidad Internacional.

ESPAÑA

La actuación de España en Libia es la demostración más palpable de nuestro compromiso con la región.

El Gobierno sigue con atención y esperanza la oleada de movimientos populares y todo el proceso de reformas e ilusiones que ha generado. Y no lo hacemos sólo por compromiso o solidaridad: también porque la paz y la prosperidad de la ribera meridional del Mediterráneo son esenciales para nuestra seguridad y la del conjunto de Europa.

Así lo recoge la Estrategia Española de Seguridad que Javier Solana presentó hace dos semanas ante el Consejo de Defensa Nacional. El informe, elaborado con la colaboración del Ministerio de Defensa, enumera los principales riesgos y amenazas que enfrenta nuestro país a medio plazo.

Y entre ellos, especifica que España y la Unión Europea deben contribuir al “desarrollo democrático, económico y social de la Ribera Sur del Mediterráneo, acorde con las necesidades y expectativas de sus habitantes, en el convencimiento de que este desarrollo fomentará la paz y la seguridad en el espacio que compartimos”.

Para lograrlo, somos conscientes de que en esta región las relaciones bilaterales no son suficientes. Por eso España, junto con otros aliados como Francia e Italia, es uno de los principales impulsores de marcos más amplios de cooperación. En ese sentido resultan esenciales foros ya existentes como la Iniciativa 5+5 o el Diálogo Mediterráneo de la OTAN, al tiempo que será necesario reorientar la Política de Vecindad de la Unión Europea.

También es de esperar que la Unión para el Mediterráneo reciba un nuevo impulso con el reciente nombramiento de su nuevo secretario general, Youssef Amrani.

SAHEL

Además del Magreb y Oriente Próximo, la Estrategia Española de Seguridad menciona otra región prioritaria para nuestra seguridad, a la que ya me referí aquí, en mi intervención de octubre: el Sahel. En paralelo al auge de redes criminales, allí se concentran grupos terroristas

bajo la nebulosa organización de Al Qaeda en el Magreb Islámico. Sus integrantes aprovechan la ausencia de autoridad en el Sahel para planificar desde allí atentados en África y Europa.

La desaparición de Osama Bin Laden no ha afectado al terrorismo yihadista-salafista. Todo indica que la imagen y mensaje de este asesino seguirá inspirando a los movimientos extremistas en los próximos años. Hay que trabajar a todos los niveles para combatir esta amenaza internacional, que afecta no sólo a las democracias occidentales sino también a la mayoría de los países del sur del Mediterráneo.

En octubre, en este mismo foro, dije que debemos actuar de manera urgente, para revertir la situación antes de que se agrave. Y debemos hacerlo planteándonos un enfoque integral. En este sentido, España sigue insistiendo a la Unión Europea para que elabore una estrategia para el Sahel destinada a acabar con la creciente inseguridad.

Ante todo, es necesario que exista una mejor coordinación en la inteligencia y en la formación de las fuerzas de seguridad locales. Un buen ejemplo de ello fue el "Flintlock 2011", el ejercicio multinacional que organizó Estados Unidos en febrero y marzo pasados en Senegal. Durante esos dos meses, militares de Canadá, Alemania, Holanda, Estados Unidos y España, proporcionaron adiestramiento a las Fuerzas Armadas de Burkina Faso, Chad, Mali, Mauritania, Nigeria y Senegal.

Y en paralelo, debemos aumentar la cooperación al desarrollo para mejorar las oportunidades de los habitantes de esa región.

Por ello, junto con nuestros socios europeos, apoyamos los avances democráticos en el Mediterráneo, y todas aquellas iniciativas que fomenten derechos para el desarrollo de la ciudadanía en estos países. Cuanto antes logremos un futuro de estabilidad para sus habitantes, antes alejaremos las amenazas que se ciernen sobre nuestros propios ciudadanos.

España tiene una gran ventaja comparativa: la influencia de nuestro legado histórico y cultural, y nuestra proximidad geográfica a la región, son factores determinantes para favorecer un acercamiento continuo entre nuestros pueblos. Además, tenemos la experiencia de una exitosa transición política de la dictadura hacia la democracia.

PAPEL DE LAS FUERZAS ARMADAS

Nuestra propia experiencia y la vivida por otros países nos ha dejado muchas enseñanzas. Y entre ellas, una fundamental: que las Fuerzas Armadas desempeñan un papel esencial en los procesos de transición democrática y en el mantenimiento y consolidación de las nuevas instituciones.

En el caso de los países de la Ribera Sur del Mediterráneo, las Fuerzas Armadas deben ser determinantes

- para alejar la amenaza de una guerra civil;
- para evitar la proliferación de grupos terroristas;

- Y para asegurar el control de los flujos migratorios y de los recursos naturales del país.

Por este motivo creemos que, ante las revueltas en el mundo árabe, hoy más que nunca es esencial robustecer todos los mecanismos de los que disponemos. Debemos relanzar la Iniciativa 5+5 en el Mediterráneo Occidental, profundizar el Diálogo Mediterráneo en el seno de la OTAN, y dotar de una dimensión de seguridad a la política Euro Mediterránea.

España ha puesto el conocimiento adquirido en la reforma democrática de sus Fuerzas Armadas a disposición de aquellos países con los que tenemos unos vínculos más estrechos: en Iberoamérica, en los Balcanes y en Oriente Medio, ya sea de manera bilateral o en el marco de programas de modernización de Defensa de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica.

Y lo mismo queremos hacer ahora con los países de las riberas sur y oriental del Mediterráneo. Para apoyarles en la modernización de sus administraciones de Defensa, España se ofrece a colaborar en diversos ámbitos: desde acuerdos de cooperación a programas de formación; pasando por visitas e intercambios; o la participación en ejercicios y maniobras y programas de fortalecimiento de capacidades.

La consolidación de unas Fuerzas Armadas modernas, al servicio de sociedades libres y democráticas en todo el arco mediterráneo, es la mejor garantía para abordar eficazmente los retos comunes de seguridad y defensa.

CONCLUSIÓN

Y para concluir: ¿qué podemos esperar de lo que está ocurriendo?

“Lo que suceda en Egipto marcará la pauta en África y Oriente Medio”. Esta frase no es el análisis actual de un político contemporáneo. La dijo Winston Churchill el 15 de enero de 1953 a su ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden. Se refería a las revueltas que en pocos meses llevarían a Gamal Abdel Nasser al poder.

Fue entonces cuando Egipto inició una etapa de nacionalismo, como respuesta a siglos de imperialismo y colonialismo. Esa reacción, que luego se extendió a los demás países árabes, ha llegado hasta nuestros días.

Medio siglo después, Egipto vuelve a liderar los movimientos de la región, pero esta vez por otros derroteros: en defensa de la apertura y de una verdadera participación ciudadana. Y es posible que de nuevo marque la pauta para el resto de los países.

Ya han pasado ocho meses desde las primeras revueltas y, en su conjunto, el proceso de transición en Egipto y en Túnez se está desarrollando de forma pacífica y ordenada, como lo demuestra el referéndum de reforma constitucional que acaba de celebrarse. No obstante, todavía queda mucho por avanzar. Falta un sistema de partidos, un Gobierno legitimado en las

urnas, y el germen de una cultura política que ponga los cimientos de una democracia duradera.

El camino que han emprendido estos países no es fácil. Los españoles sabemos bien lo que cuesta consolidar un sistema político que garantice la libertad, la justicia y la igualdad. Pero también sabemos que es posible lograrlo.

Hubo alguien que siempre reivindicó como posible lo que hoy estamos presenciando en el mundo árabe. Me refiero al gran pensador Edward Said. “Tengo una gran admiración —escribió hace apenas ocho años— por los poderes y las capacidades de los habitantes de esa región en su lucha por su visión de lo que son y de lo que quieren ser”⁴.

Por desgracia, Said ya no está entre nosotros para presenciar los cambios que él llevaba años vaticinando. Pero sí nos queda, más vigente que nunca, su invitación a conocer el mundo árabe y Oriente de manera real y profunda, mediante una visión desposeída de los prejuicios y del exotismo que tantas veces han nublado nuestra percepción de occidentales.

Como españoles, como europeos, ahora nos toca poner en práctica sus enseñanzas: debemos cruzar la orilla y tender la mano a los hombres y mujeres de aquellos países, no para decirles lo que tienen que hacer, sino para ayudarles a ser lo que ellos quieran ser.

Compartimos el mismo mar. Quizás haya llegado la hora de que compartamos los mismos sueños. Y sobre todo, el mismo futuro.

Muchas gracias.

⁴ Prefacio a la última reedición de *Orientalismo* – mayo 2003